

UN ENGAÑO VICTORIOSO

El Conde Bonet, de antiguos blasones franceses, siendo un mozalbete emigró a la República Argentina, donde se hizo de una cuantiosa fortuna, contrajo matrimonio con una hermosa criolla provinciana, rica, que después de hacerlo profundamente feliz murió al cabo de dos años, dejándole una hija única, Dina, que además de heredar las virtudes morales de la madre, lucía los dones de una sin par belleza, un temperamento ardiente y un hechizo exótico que emanaba de todo su ser.

El conde vivía con su hija en el campo, en su “estancia” de Mendoza, trasladándose los inviernos a Buenos Aires donde tenía un elegante palacete. Durante una de sus invernadas en la capital rioplatense, Dina conoció, en la embajada francesa, al duque de Torino, recién llegado de Roma.

Hombre de gran mundo, galante y apuesto, el duque fascinado por los encantos de Dina le hizo la corte con éxito inmediato ya que el corazón impresionable de la inocente estanciera fue para él una conquista fácil.

El conde convino complacido en el casamiento de su hija con el noble italiano, celebrándose la boda en la capital argentina con un esplendor fastuoso.

Los recién casados se instalaron durante algunos meses en la propiedad rural mendocina de los Bonet de donde debían salir para Francia acompañados del conde quien desde hacía mucho tiempo soñaba con volver a ver el divino París de sus remembranzas inolvidadas.

Pero el joven duque se cansó bien pronto de su matrimonio.

Se mostraba indiferente con Dina y echaba de menos sus aventuras de soltería en la refinada Europa.

So pretexto de tener que asistir a los trabajos de restauración de su castillo en Ralia, dejó la América del Sur para marchar primero a Roma y después a París. Dina debía alcanzarlo con su padre una vez que todo estuviera listo para recibirlos. Pero los días y los meses pasaban sin que el Duque, engolfado en una existencia de amoríos renovados, se acordara de su linda mujer.

El padre indignado por la conducta de su yerno, sufría lo indecible al ver la desesperación de su hija, lo que trastornó su estado síquico ocasionándole un mal cardíaco de repercusiones fatales sobre su salud física que empeoró palmaria y rápidamente.

El atribulado conde, presintiendo cercana la muerte, vivía apegado a su adorada hija que lo cuidaba con esmeradas ternezas acompañada del viejo servidor de su padre, el meridional Mauricio, hasta que en la mayor desolación se vieron juntos en el trance irremediable de verlo partir para siempre.

Muerto su padre, Dina llevaba una triste vida solitaria, cuando recibió la noticia del fallecimiento de su marido. Poco después enteróse por los periódicos que se había suicidado, siendo una amante infiel la causante de su trágico fin.

* * *

David, un guapo muchacho de 24 años, apache y vagabundo, cantaba tangos en un miserable cabaretucho de Buenos Aires. El público aplaudía la voz y gracia del tanguista bohemio, pero sus éxitos no lograban sacudir la recóndita inconformidad de su pobreza y de su hastío.

Una noche se le acercó su viejo amigo Mauricio, con uniforme de chofer. Departieron cordialmente tomando unas copas que incitaron a David a contar su confidencia primordial: —Me irritan, le dijo, la miseria y el trabajo nocturno del que vivo. Fue entonces cuando el chofer amigo le aconsejó que solicitara, en la casa de su patrona, el puesto de mayordomo que estaba vacante. Hízole historia de aquella rica y aristócrata familia Bonet, le describió cómo era la distinguida viuda, convenciéndolo fácilmente de que aceptara su tentadora sugestión.

Con falsas recomendaciones y la eficaz ayuda de su amigo, David consiguió el empleo de mayordomo en la casa de Dina. Y como era listo y dinámico fue presto un excelente mayordomo. Pero el cantante no quería ser criado y sólo esperaba una propicia oportunidad para realizar las grandes ambiciones de su espíritu aventurero y maleante.

* * *

Así pasan dos años desde la muerte del duque. Dina con el tiempo recobra su tranquilidad curándose de su primer amor que la dejó amargada y escéptica. Ahora anhela rehacer su vida pero no en la tierra donde sabían de su infeliz pasado, sino en Europa, donde pretende pasar como una aventurera, viviendo bajo un nombre supuesto con la esperanza de encontrar, algún día inesperado, el hombre que la ame de verdad.

Mauricio, el viejo servidor de su amado padre la acompañará en su viaje. Dina lo instruye debidamente: viajarán de incógnitos; no dando su verdadero nombre a nadie y haciendo que el destino resuelva su porvenir.

Pero David que por azar escucha la conversación de la joven duquesa con Mauricio, sin decir nada a éste, maquina sus planes que realiza tal y como se lo propone.

* * *

Dina viaja en un trasatlántico de lujo que hace la travesía de Buenos Aires a Génova; y en la primera noche que pasa a bordo, cuando casi todos los pasajeros se habían retirado a sus camarotes, ella se queda sobre cubierta, acodada sobre la borda contemplando ensimismada la belleza misteriosa del mar. Mientras tanto un hombre pasa clandestinamente del puente de tercera al de primera clase, llegando hasta colocarse al lado de Dina. Aquel hombre es David. El cual después de resolverse a llevar a cabo sus maquiavélicos propósitos, renunció su puesto poco antes del viaje, para embarcarse en el mismo buque que su ex patrona.

Sabedor de que la duquesa tiene un vivo interés en ocultar sus propósitos y que viaja con nombre supuesto, convencido de que toda esa conducta envuelve algún misterio que Dina desea ocultar,

resuelve sacar provecho de tales circunstancias y sorprende a la duquesa manifestándole, con todo cinismo, que estando enterado de su falsa posición y de sus inconfesables proyectos —que se imagina censurables por su forma clandestina— le exige en pago de su silencio, alguna suma que alivie su menos que precaria situación económica.

Dina indignada por la audacia delictuosa de aquel miserable, intenta, llevada de su primer impulso, denunciar al chantajista, pero considerando que el escándalo sería inevitable en su perjuicio, por descubrirse de tal manera su auténtica personalidad lo que quizá frustrara sus fines de llevar en Europa una vida libre que fuese la clave de su dicha futura, decide aceptar el chantaje de su antiguo mayordomo, entregándole la suma que le pide.

En estas condiciones llega al Hotel Excélsior de Roma donde se registra en esta forma:

Nombre y apellido: Srita. Zara Negri.

Nacionalidad: Chilena.

Profesión: Turista.

A Mauricio le ordenó que se hospedara en otro hotel, viviera a su antojo y no se le acercara a menos que ella lo llamase.

Dina causa sensación en la sociedad romana. Vive libre y comienza a entrever su dicha venidera. Un día, los periódicos anuncian el estreno de una obra de Donato Carini, dramaturgo de recientes y grandes triunfos.

Dina, que tiene innata predilección por el teatro italiano no falta al estreno de la "Pasión Triunfal" que constituyó un éxito deslumbrante. El público aclama repetidas veces al autor requiriendo su presencia en escena tributándole ovaciones clamorosas. Dina reconoce en él a un cliente del Hotel Excélsior que no ha disimulado su insistencia en contemplarla con marcadas muestras de admiración. Carini la ve en su palco; y sus miradas y sonrisas se cruzan. Al día siguiente, él aprovecha la primera oportunidad para ser presentado con Dina cuya distinción y delicadeza seducen al talentoso escritor que se enamora perdidamente de aquella escultural mujer. La amistad amorosa nacida desde su primera entrevista se transforma bien pronto en un idilio. Una confianza mutua los une. Pasean y se divierten juntos, él luce a su novia con envidiable orgullo.

Una noche van a cenar a un cabaret de alto rango donde Dina

tiene la sorpresa desagradable de encontrarse con David que es el artista cantador de tangos, quien con la audacia que en él es peculiar, se acerca a ella diciéndole que no había tenido el honor de volver a verla desde su viaje trasatlántico, invitándola a bailar.

Dina semi-ocultando su reconcentrada indignación lo rechaza; pero el cantante pidiéndole su venia a Carini, para que le permita bailar con su compañera, logra que el dramaturgo suplique a su amada que acceda para contemplarla bailando. Lo cual hace mal de su grado por dos razones; por ocultar a Donato la repugnancia que siente por aquel individuo, y por no provocar alguna indiscreción de quien era muy capaz de cometerla.

La mañana siguiente, un botones del hotel le lleva una tarjeta que decía:

Profesor Doris,
Cantos Folklóricos.

Y abajo, escrito a lápiz:

De parte de David.

Dina, furiosa, despidió al botones diciéndole que no puede recibir a David, pero como éste insiste en verla y comprende que es mejor, respecto a un tipo de su ralea, saber cuanto antes a qué atenerse, consiente en recibirlo. El quídam, con mucha calma y serenidad bien premeditadas, le declara que ser cantante de cabaret le resulta monótono y aburrido; que además le produce muy exiguas ganancias por lo que desea tomarse algunas semanas de vacaciones para lo que necesita urgentemente 10,000 liras. La duquesa vacila en un principio, pero segura de que pronto terminará la situación equívoca en que se encuentra, con visible desprecio se los entrega. Pero algo más hace David: mientras Dina firma el cheque respectivo, se mete al bolsillo, con premura, una preciosa cigarra, que ve sobre una mesa, cigarrera que es obsequio de su enamorado.

Al salir del hotel el pillo se encuentra con Carini a quien saluda con un gesto entre irónico y despectivo que hace mala impresión al pulcro espíritu del dramaturgo.

Donato desde su noviazgo con la acaudalada argentina, vive en constante desazón al darse cuenta de sus modestísimos recursos comparados con los de su prometida que deben ser cuantiosos a juzgar por el tren de vida que lleva.

Además, en el fondo de su conciencia le atormenta una duda

constante. Está seguro de la bondad y fineza del espíritu cultivado de su prometida; pero ignora su pasado. Y como cada vez que ha intentado averiguarlo, ella le contesta con evasivas, el escritor comienza a sospechar que en la vida de la mujer que ama hay un misterio que ella le trata de ocultar. Y esto le preocupa en gran manera. Pero más todavía; comienzan a roerle los celos y a deprimirle su pobreza.

Sus derechos de autor no le bastan para cubrir sus nuevas exigencias sociales. Contrae más y más deudas que desequilibran su presupuesto provocándole agudas crisis económicas. Hipoteca la única propiedad que le queda: un viejo castillo de sus antepasados, que le merma sus escasos ingresos por tener que gastar lo indispensable para la conservación del viejo inmueble.

Pero su máximo sufrimiento se lo provoca el tal David. El cantante de tangos al que en un principio no diera la menor importancia ahora le molesta en demasía. Está celoso de él. Lo vio en el hotel con frecuencia haciéndose el aparecido casual, para saludar a Dina; y lo que es peor, para aumentar sus desconfianzas, al mudarse Dina a una residencia que ha alquilado recientemente, ha visto, al que ya cree su rival, rondar la casa y salir dos veces por la puerta de servicio.

Ignora el pobre enamorado que el tanguista de marras se ha convertido en el amante furtivo de Rosina, la doncella de su novia. La tal doncella resulta un instrumento dócil en las manos de David, no sólo por amor sino por vanidad de ser la amante de un hombre guapo y elegante. El cual la seduce fácilmente para que le sirva, sin ella saberlo, en sus ulteriores fines respecto a la rica argentina.

Donato que ha restaurado a costa de sacrificios dispendiosos su viejo feudo, invita a Dina a visitarlo quedando ésta sorprendida del buen gusto de su fiel adorador del que cada día se siente más entrañablemente suya.

Recorren el castillo por todos sus rincones y al llegar a la biblioteca, Dina se fija en una mesa sobre la cual se encuentran varias fotografías enmarcadas con lujo. El escritor le va mencionando los nombres de las personas retratadas cuando al llegar a la última, la condesa reconoce a su marido. Ella dice sin mirarla, con acento de amargura: "Es el duque de Torino. En el colegio era mi mejor amigo; el destino nos separó. El era un aristócrata

de vida ociosa y aventurera y yo un estudioso empecatado que no se ocupaba más que de sus dos pasiones: leer y escribir. Teníamos que seguir distintas rutas, no teniendo noticias suyas en mucho tiempo. Hasta que supe que había marchado a la Argentina, donde según mis informes había casado con la condesa Bonet, hija de un potentado francés, mujer de extraordinaria hermosura, a la cual abandonó por una mujerzuela, arruinándolo moral y materialmente, hasta conducirlo a un fin trágico y absurdo: el suicidio.”

Al terminar su relato Carini vuelve sus ojos a Dina que está a punto de desmayarse. Las sorpresas que recibe son de tal manera intensas que le provocan una tremenda crisis que le es imposible disimular.

Ante tal escena dramática, Donato cuyo espíritu impresionable está minado por los celos, piensa, en un instante morboso de ofuscación, que Dina es la culpable de la muerte de su amigo, y le dice exasperado:

—Entonces, ¿tú eres aquella mujer fatal?

De pronto, la infeliz quiere negarlo; pero una idea, como una idea como ráfaga, ilumina su cerebro y baja la cabeza sin contestar.

Carini se desploma sobre un sillón ocultando el rostro entre sus manos. Dina se le acerca lentamente y murmura a su oído:

—Sin embargo y a pesar de todo, me quieres, amor mío.

Tras una corta lucha consigo mismo, él la toma entre sus brazos y la besa con ardor. “¡Me adora!”, dice ella para sí. Eso es lo que quería saber. Después sabrá la verdad.

* * *

Donato Carini, el famoso y prestigiado hombre de letras está en bancarota. Su castillo densamente hipotecado sale a remate en pública subasta. Dina lo sabe y lo salva. ¿Cómo?

Enterada de la venta judicial, en plazo perentorio, Dina instruye a su empleado de confianza, Mauricio, para que puje en el remate hasta que finque en su favor. Como sucede. Lo demás vendrá a su debido tiempo.

Mientras tanto la pareja apasionada decide pasar el invierno en París. Ella se hospeda en un hotel de los Campos Eliseos y él se aloja en un parador cercano y bien modesto.

David, enterado por Rosina del viaje de la dama y del hotel donde se va instalar, tiene la desfachatez de albergarse en el mismo lugar, donde, naturalmente, Carini lo ve repetidas ocasiones intensificando por eso, y cada vez más, su nerviosismo y sus celos que son ya para él un positivo tormento.

Para colmo de su infortunio, una noche en el salón de música del hotel, cuando David se acerca a saludarlo le ofrece un cigarrillo poniendo ante sus ojos, asombrados de indignación, la cigarrera que él le había obsequiado a su bien amada.

Este detalle lo convence de la traición de que es víctima. Ya no puede dudarle, la mujer por quien daría su vida misma es la querida de aquel sujeto indeseable. Como paralizado por el miedo, el dolor y la cólera ve alejarse a David quien se encamina al gran hall en los momentos precisos en que ella sale del ascensor. Carini al impulso de una violencia irresistible avanza hacia quienes él tiene como amantes y escucha estas palabras de David:

“...esta misma noche”.

Estas tres palabras acusadoras para el celoso, no son sino el final de un breve diálogo entre la correcta señora y el truhan que la persigue, diálogo que es el siguiente:

—Necesito más dinero: 50,000 francos.

Ella no lo deja terminar, interrumpiéndolo:

—Es usted un canalla. No le daré un céntimo más. Haga lo que quiera.

—Se arrepentirá señora... *esta misma noche*.

Dina toma esta actitud valiente porque está decidida a descubrir a su amado toda la verdad. Ya no teme al ruin chantajista. Le dirá que ella es la duquesa de Torino.

Pero no terminan en esto los dramáticos sucesos, Carini quiere seguir hasta el fin, para cerciorarse de toda la verdad, sea cual fuere. Se despide de ella disimulando el estado terrible de su ánimo. Ella le pregunta si no cenar juntos. El se disculpa con cualquier pretexto.

—Entonces, hasta mañana; cenaré en mi cuarto —dice a Donato—. Y acto seguido sube en el ascensor.

El, aparenta marcharse. Sale por la entrada principal, pero vuelve al hotel por la puerta de servicio, subiendo hasta el piso donde está ella. Dina entra a su departamento y comienza a des-

vestirse con la ayuda de Rosina que la está esperando. Se pone en bata, se quita las alhajas que coloca en el joyero que está en un cajoncillo de su tocador, que cierra con llave y se encamina al salón de recibo donde se prepara a escribir una carta. Momentos después, David, que se ha colado furtivamente en el cuarto de Rosina, advertido por ésta, se dirige a la *suite* de la duquesa. Donato que lo espía, ha seguido sus pasos. La doncella abre la puerta a su amante que penetrando al departamento lo conduce a la alcoba de su ama; le señala el cajón donde están las joyas, intenta abrirlo pero en la precipitación tira un frasco de perfume que al caer sobre el cristal hace sonoro ruido que levanta a Dina de su escribanía para ver qué pasa sorprendiendo a David, que ha logrado abrir el cajón y alhajero, en los momentos en que se apodera de sus alhajas. Se dirige hacia él y va a gritar pidiendo auxilio en los instantes en que entra Carini que se avalanza sobre el ladrón poseído de un odio delirante porque lo cree rival. El rufián al verse atrapado saca un revólver y dispara contra el dramaturgo en el momento en que ella se interpone entre los dos cayendo herida a los pies de Donato. Al estruendo de los disparos acuden los vecinos del piso y los criados de servicio que al ver correr al delincuente lo alcanzan y sujetan para entregarlo a la policía.

Mientras tanto. Dina, desfallecida sobre un diván, se desmaya. El médico del hotel que ha sido llamado con suma urgencia, examina a la enferma y declara que está grave.

Carini en desesperación incontenible, hincado junto a ella quiere darle alientos con sus besos y palabras de apasionado amor y agradecimiento porque lo ha salvado.

—Voy a morir, le dice Dina, exangüe: —Te adoro ídolo mío. Perdóname si para cerciorarme de tu amor te he ocultado mi pasado y mi nombre. Soy la duquesa de Torino.

* * *

Algunos meses más tarde, Dina convaleciente, descansa en la terraza de un sanatorio, acompañada de su prometido, a quien entera punto por punto de las villanías de su antiguo mayordomo y de su cómplice Rosina. El ilustre literato sólo espera la recuperación de su amantísima novia para formalizar su boda.

En esas circunstancias entra Mauricio, el leal servidor de la

duquesa. Carini lo reconoce como el comprador de su propiedad. Los presenta y le dice quien es, agregándole:

—“El castillo es tuyo, Donato. Lo compré para ti. Es mi regalo de bodas. En él pasaremos nuestra luna de miel.

Mauricio presenta sus respetos al gran dramaturgo, su futuro señor, y se retira.

Dina toma las manos de Donato y se las besa con ternura diciéndole:

“¿Podrás perdonarme, amor mío, todo lo que te he hecho sufrir?

Te debo la vida y la felicidad. Estoy en deuda contigo. Y queriendo demostrártelo, escribiré mi mejor drama que se llamará: “Un Engañoso Victorioso”.

(Del libro inédito, *Cuentos de París*)